

el 19 de agosto de 1493, dejando el Imperio a su hijo Maximiliano.

Componíase esta divisa de las cinco vocales A, E, I, O, U, y significaban:

AUSTRIAE EST IMPERARE ORBI UNIVERSO

lo que quiere decir: *A Austria toca mandar al mundo entero.*

Así se encontraba Alemania.

Pasadas en revista con la mirada las cuatro naciones que, como hemos dicho, propendían a convertirse en potencias europeas, echamos una ojeada a los Estados secundarios que formaban un círculo más aproximado alrededor de Roma, y que, por decirlo así, debían servir de armadura a la reina espiritual del mundo, en el caso de que a alguno de esos gigantes políticos que hemos descrito se le ocurriera atravesar el Adriático o los Alpes, el Mediterráneo o los Apeninos para ir a atacarla.

Estos Estados secundarios eran: el reino de Nápoles, el ducado de Milán, la Magnífica República de Florencia, y la Serenísima República de Venecia.

El reino de Nápoles estaba en manos del anciano Fernando, cuyo nacimiento era, no solamente ilegítimo, sino que, según todas las probabilidades, hasta incestuoso. Su padre, Alfonso de Aragón, había heredado la corona de Juana de Nápoles, que lo había adoptado por sucesor. Pero, como, temiendo que le faltara un heredero, la reina, en su lecho de muerte, había nombrado dos en lugar de uno, Alfonso se vió obligado a sostener sus derechos contra Renato, disputándose los dos pretendientes, durante algún tiempo, la corona. Finalmente, la casa de Aragón venció a la de Anjou, y, durante el año 1442, Alfonso se afirmó definitivamente sobre el trono. No tardaremos en ver a Carlos VIII reclamando los derechos del pretendiente expulsado.

Fernando, que carecía del valor y el genio de su padre, fué triunfando sucesivamente de sus enemigos; tuvo dos competidores que le superaban mucho en mérito. Uno era el conde de Viana, su sobrino, que alegando el vergonzoso nacimiento de su tío, contaba con todo el partido aragonés; el otro era el duque Juan de Calabria, a quien apoyaba todo el partido anjovino. Logró quitárselos, no obstante,

de encima, y se mantuvo sobre el trono, fortificado en su prudencia, que muy frecuentemente llegaba hasta la duplicidad. Tenía un ingenio cultivado, había aprendido ciencias, y sobre todo legislación. Era mediano de estatura, cabeza grande y hermosa, frente despejada y admirablemente encuadrada por un marco de hermosos cabellos blancos que le caían hasta los hombros. Finalmente, aunque por excepción, ejercitó su fuerza física en las armas; esta fuerza era tan grande, que hallándose un día en la plaza del Mercado Nuevo, en Nápoles, cogió por los cuernos a un toro que se había escapado, parándolo en firme, por más esfuerzos que hizo el animal para librarse de sus manos.

La elección de Alejandro le había causado gran inquietud, y, a pesar de su prudencia, no pudo dejar de decir en presencia del que le había llevado la noticia, que no sólo dejaba de congratularse de esa elección, sino que pensaba que ni un solo cristiano podía alegrarse de ella, en vista de que Borgia, que siempre había sido un mal hombre, sería de seguro un mal pontífice, añadiendo que, a pesar de que esa designación fuera excelente y la elección pudiese agrandar a todos los demás, no por eso dejaría de ser fatal a la casa de Aragón, aunque él había nacido súbdito de ella y le debía el origen y los progresos de su fortuna; pero, en donde entran las razones de Estado, no tardan en desterrar los efectos de la sangre y del parentesco, y con mayor razón aún, por consiguiente, las simples relaciones de súbdito y de hombre agradecido.

Como se ve, Fernando juzgaba a Alejandro con su perspicacia habitual, lo que no fué óbice, como no tardaremos en ver, para que fuese el primero en concertar alianza con él.

El ducado de Milán pertenecía nominalmente a Juan Galeazzo, nieto de Francisco Sforza, que en 26 de febrero de 1450 se había apoderado de él por la violencia y lo había legado a su hijo Galeazzo María, padre del joven príncipe reinante: decimos nominalmente, porque el verdadero dueño del Milanésado en ese momento, era, no el legítimo heredero, que parecía poseerlo, sino su tío Ludovico, apellidado *el Moro* a causa del moral que llevaba en sus armas. Expatriado con sus otros dos hermanos, Felipe, que murió envenenado en 1479, y Ascanio, que llegó a ser

cardenal, volvió a Milán pocos días después de haberse perpetrado (26 de diciembre de 1476) el asesinato de Galeazzo María, en la basílica de San Esteban, y se apoderó de la regencia del joven duque que contaba entonces ocho años de edad. Desde ese instante, y aunque su sobrino llegó a la edad de veintidós años, Ludovico continuó gobernando mucho tiempo más; porque, pocos días después de haber manifestado su deseo de hacerse cargo del poder, el joven duque cayó enfermo, y se decía que había ingerido uno de esos venenos lentos, pero mortales, de los que tan frecuente uso hacían los príncipes de aquella época, que, aun en el caso de ser una enfermedad natural, se le buscaba una causa que pudiera relacionarse con algún grande interés. Pero sea lo que fuere, Ludovico, creyendo a su sobrino demasiado débil para ocuparse en los asuntos de su ducado, lo había relegado al castillo de Pavía, en donde iba languideciendo ante los ojos de su esposa Isabel, hija del rey Fernando de Nápoles.

Grande era la ambición, el valor y la astucia de Ludovico, el cual estaba familiarizado con la espada y el veneno, que, alternativamente, y según las ocasiones, empleaba sin tener predilección ni repugnancia por la una o por el otro, que por lo demás, se hallaba muy decidido a heredar a su sobrino, muriera éste o no muriera.

Aunque conservaba el nombre de República, Florencia había perdido poco a poco todas sus libertades, y pertenecía de hecho, si no de derecho, a Pedro de Médicis, al cual, como hemos visto, aun a riesgo de perder su alma, Lorenzo la había legado como un bien paterno. Por desgracia, el hijo carecía del genio del padre: era hermoso, es verdad, mientras que Lorenzo, por el contrario, era de una fealdad notable; tenía una voz agradable y armoniosa, en tanto que Lorenzo era gangoso; sabía el griego y el latín, y tenía conversación agradable y fácil, e improvisaba versos tan bien como aquel a quien habían apellidado *el Magnífico*. Aunque ignorante en los asuntos políticos, era orgulloso e insolente para con los que de ellos habían hecho un estudio. Además, le agradaban los placeres; apasionado por el bello sexo, se ocupaba incesantemente en los ejercicios corporales que podían hacerle brillar ante los ojos de las mujeres, especialmente en el de la pelota, en el cual era muy hábil, y se prometía, en cuanto cumpliera el luto, ocupar, no sólo a Florencia, sino a toda

Italia, con el esplendor de su corte y la fama de sus fiestas. Estos eran, por lo menos, los deseos de Pedro de Médicis; pero el Cielo decidió otra cosa.

En cuanto a la Serenísima República de Venecia, de la que, en la época a que hacemos referencia, era dux Agustín Barbarigo, había llegado a su más alto grado de poderío y esplendor. Desde Cádiz hasta las lagunas de Meótides no había en ese tiempo un solo puerto que no se abriese a sus miles de barcos; en Italia poseía, a más del litoral de las lagunas y al antiguo ducado de Venecia, las provincias de Bérgamo, Brescia, Cremona, Verona, Vicenza y Padua; tenía la Marca Trevisana, comprendiendo el Feltarno, Bellunois, Cadorin, Polesina de Rovigo y el principado de Rávena; tenía el Friuli, menos Aquilea; la Istrua, menos Trieste; en la costa oriental del golfo, tenía Zara, Spalatro y el litoral de la Albania; en el mar Jónico, las islas de Zanto y de Corfú; en Grecia, Lepanto y Patras; en la Morea, Morón, Corón, Nápoles de Rumanía y Argos; finalmente, en el Archipiélago, además de varios pueblos y establecimientos en las costas, tenía a Candía y el reino de Chipre.

De modo que, desde la desembocadura del Po, hasta la extremidad oriental del Mediterráneo, la Serenísima República era dueña del litoral, e Italia y Grecia parecían arrabales de Venecia.

En los intervalos dejados libres entre Nápoles, Milán, Florencia y Venecia, se habían establecido unos cuantos tiranos que ejercían soberanía absoluta en su territorio, resultando que, los Colonna estaban en Ostia y en Nettuno, los Montefeltri en Urbino, los Manfredi en Faenza, los Bentivogli en Bolonia, los Malatesta en Rimini, los Vitelli en Cittá di Castello, los Baglioni en Perusa, los Orsini en Vicovaro y los príncipes de Este en Ferrara.

Finalmente, y en el centro de ese círculo inmenso, compuesto de grandes potencias, de Estados secundarios y de tiranuelos, se levantaba en lo más alto de la espiral, Roma, la más alta sí, pero la más débil entre todos, careciendo de influencia, de territorio, de ejército y de dinero.

El nuevo pontífice trataba de devolverle todo esto; veamos, pues, qué hombre era Alejandro VI, para acometer y realizar empresa tan grande.

Rodrigo Lenzuolo Borgia había nacido en Játiva, pro-

vincia de Valencia, España, en 1430 o 1431, y descendía por su madre de una familia que, según la pretensión de varios autores, era de estirpe regia, y que, antes de que sus ojos se fijaran en la tiara, se habían fijado en las coronas de Aragón y de Valencia; desde su infancia dió pruebas de una vivacidad de espíritu maravillosa, y conforme iba creciendo, demostraba un genio sumamente apto para las ciencias, sobre todo para la del derecho; resultado de ello fué que adquirió sus primeras distinciones como abogado, consiguiendo crearse, con su habilidad para discutir los asuntos más espinosos, una reputación grandísima. No tardó, sin embargo, en cansarle esta carrera, y, repentinamente, la abandonó para dedicarse a la de las armas, la seguida por su padre; pero, después de algunas acciones que probaron su sangre fría y su valor, perdió la afición a ésta, como le había pasado con la otra; y como su padre muriese al comenzar esta aversión dejándole una considerable fortuna, decidió no hacer nada y vivir dejándose llevar por su capricho y su fantasía. Por ese tiempo se hizo amante de una viuda que tenía dos hijas. Murió la viuda; Rodrigo se encargó de la tutela de las hijas, puso a una de ellas en un convento, y como la otra era una de las mujeres más hermosas de su tiempo, la conservó a su lado como querida. Era la famosa Rosa Vanozza, de la que tuvo cinco hijos: Juan, Pedro Luis, Godofredo, César y Lucrecia.

Rodrigo vivía retirado de los negocios públicos y dedicado por completo a sus amores y a su paternidad, cuando supo que su tío, que le quería como a un hijo, acababa de ser elegido papa, bajo el nombre de Calixto III. Pero estaba tan enamorado entonces, que el amor hacía callar en él la ambición, y casi le asustó la exaltación de su tío, pues temía que le obligase a entrar en los asuntos públicos. La consecuencia fué que, en vez de ir a Roma, como cualquier otro hubiera hecho en su lugar, se contentó con escribir a Su Santidad una carta en la cual le rogaba siguiera dispensándole sus bondades, y le deseaba un largo y feliz pontificado.

Este comedimiento por parte de uno de sus parientes, en medio de las ambiciones que rodeaban al nuevo pontífice, impresionó singularmente a Calixto III: éste sabía el valor del joven Rodrigo, y en el momento en que era

asediado por todas partes por las medianías, aquella capacidad que se quedaba modestamente a un lado creció más ante sus ojos; y esto dió por resultado una contestación a Rodrigo diciéndole que al recibir su carta, dejara a España por Italia, y a Valencia por Roma.

Aquella carta venía a sacar a Rodrigo del centro de bienestar que se había formado, y en el que tal vez se hubiera adormecido como un hombre vulgar, si la fortuna no hubiese venido a tomarlo de la mano. Rodrigo se sentía feliz, y, además, era rico; las malas pasiones naturales en él, si no se habían extinguido, por lo menos estaban adormecidas; sólo la idea de cambiar la dulce vida que llevaba por la ambiciosa y agitada que se le prometía, le asustó; y, en lugar de obedecer a su tío, retardó los preparativos de su partida, esperando que Calixto lo olvidaría. Mas no fué así; a los dos meses de haber llegado a Valencia la carta del papa, un prelado romano hacía entrega a Rodrigo del nombramiento para un beneficio que valía veinte mil ducados por año, acompañado de una orden terminante para que fuera lo más pronto posible a tomar posesión de su cargo.

Era imposible retroceder; Rodrigo obedeció; pero, como no quería separarse de la que desde hacía ocho años constituía su felicidad, Rosa Vanozza partió por su lado, y mientras él se dirigía a Roma, ella se encaminaba a Venecia, acompañada por dos criados de confianza y bajo la custodia de un caballero español, llamado Manuel Melchiori.

La fortuna cumplió todo cuanto había prometido a Rodrigo; el pontífice lo recibió como a un hijo, y le hizo, sucesivamente, arzobispo de Valencia, cardenal diácono y vicecanciller, agregando a todos estos favores una pensión de cuarenta mil ducados; de suerte que Rodrigo, a los treinta y cinco años de edad, se encontró tan rico y poderoso como cualquier príncipe.

Rodrigo hubiera preferido ser general de la Iglesia a recibir el cardenalato que lo encadenaba en Roma; ejerciendo el primer cargo, habría tenido mayor libertad para ver a su amante y a su familia. Mas su tío le hizo entrever la posibilidad de sucederle algún día, y de tal modo se apoderó de Rodrigo desde ese momento la idea de ser el jefe supremo de reyes y pueblos, que solamente veía el fin que su tío le había hecho vislumbrar.

Desde entonces se apoderó del joven cardenal aquella potencia de hipocresía que hizo de él la más perfecta encarnación del demonio que quizás haya existido en la tierra; Rodrigo dejó de ser el mismo hombre: con palabras de humildad y arrepentimiento en los labios, la cabeza inclinada cual si el peso de sus pasadas faltas le abrumase, desdenoso de las riquezas adquiridas, que, siendo, como él decía, bienes de los pobres, a ellos debían volver, pasaba su vida en las iglesias, en los monasterios o en los hospitales, adquiriendo a los ojos de todos, hasta de sus enemigos, según dice un historiador, la reputación de un Salomón por su talento, de un Job por su paciencia, y de un Moisés por la publicación de la palabra de Dios: la única persona en el mundo que conocía el valor de la conversión del cardenal, era Rosa Vanozza.

El asentar de ese modo su reputación de santidad fué un buen acuerdo de Rodrigo, porque su protector murió después de un pontificado de tres años, tres meses y diez y nueve días, no quedando a Borgia otro apoyo que su propio mérito contra los numerosos enemigos que le había acarreado su rápida fortuna; así, pues, durante todo el pontificado de Pío II estuvo constantemente alejado de los negocios, no viéndosele reaparecer hasta la época de Sixto IV, que le hizo donación de la abadía de Subiaco, y lo envió en calidad de Legado ante los reyes de Aragón y de Portugal. A su regreso, bajo el pontificado de Inocencio VIII, se decidió a establecerse en Roma; Manuel Melchiori, después de acompañar allí a la familia del cardenal Borgia, pasó, desde ese momento, por marido de la Vanozza y tomó el nombre de conde Fernando de Castilla. Rodrigo Borgia recibió al noble español como a compatriota y amigo: éste, cuyo propósito era llevar una vida muy retirada, alquiló una casa en la calle della Longara, cerca de la iglesia de Regina Caeli, a orillas del Tíber. En aquella casa era donde, después de haber pasado el día rezando y haciendo obras piadosas, el cardenal se quitaba la máscara todas las noches. Entonces se decía, aunque nadie pudiera probarlo, que en aquella casa pasaban cosas infames: se hablaba de incesto entre el padre y la hija y entre los dos hermanos y la hermana; por lo que Rodrigo, para que cesaran esos rumores, que empezaban a difundirse, envió a César a estudiar en Pisa, quedando

en la casa la Vanozza, con Lucrecia, que estaba prometida con un joven noble aragonés, y los otros dos hijos. Pedro Luis había muerto en 1483.

Este era el estado de cosas al morir Inocencio VIII y ser elegido papa Rodrigo Borgia.

* * *

Ya hemos visto cómo se verificó la elección, lo cual motivó que los cinco cardenales que no habían tomado parte en esta simonía, que eran los cardenales de Nápoles, de Siena, de Portugal, de Santa María in Portici y de San Pedro en Liens protestasen resueltamente de ella y la clasificasen de manipulación; mas no por eso dejó Rodrigo de tener mayoría: Rodrigo ya era el ducentésimo décimosexto sucesor de San Pedro.

Sin embargo, y a pesar de haber logrado su intento, no se atrevió Alejandro VI, de momento, a soltar la máscara que por tanto tiempo había llevado el cardenal Borgia, aunque al saber su nombramiento no pudo disimular la alegría que le causaba, tanto, que, al anunciarle que el escrutinio se había decidido en su favor, exclamó levantando las manos hacia el cielo y con acento de ambicioso satisfecho:

—¿Entonces, ya soy papa? ¿Soy ya el Vicario de Cristo? ¿Soy, pues, la clave de la bóveda del mundo cristiano?

—Sí, Santo Padre — le respondió el cardenal Ascanio Sforza, el mismo que por cuatro mulas con cargamento de plata había vendido a Rodrigo los nueve votos de que disponía en el cónclave—; y esperamos, por vuestra elección, dar gloria a Dios, tranquilidad a la Iglesia y alegría a la cristiandad, y que el Todopoderoso os ha escogido como el más digno de todos vuestros hermanos.

Por corta que fuera esta respuesta, fué lo suficiente para que el nuevo pontífice recuperase el imperio sobre sí mismo, y con voz humilde y las manos cruzadas sobre el pecho exclamase:

—Confiamos en que Dios nos concederá su poderosa ayuda, a pesar de nuestra debilidad, y que hará por Nos lo que hizo por el Apóstol, al entregarle, en otro tiempo, las llaves del Cielo y confiarle el gobierno de la Iglesia, gobierno que, sin la ayuda divina, hubiera sido una carga.

demasiado pesada para un mortal; pero Dios le prometió que su espíritu la dirigiría; confío en que lo mismo hará con Nos, y en cuanto a vosotros, no dudamos que tendréis todos la santa obediencia debida al jefe de la Iglesia, en imitación de la que el rebaño de Cristo está obligado a tener para el príncipe de los apóstoles.

Así que hubo acabado su discurso, Alejandro se revistió con los hábitos pontificales, e hizo que fueran arrojadas por las ventanas del Vaticano tiras de papel con su nombre escrito en latín, las cuales, arrastradas por el viento, se encargaron de esparcir por todo el mundo la noticia del grande acontecimiento que iba a cambiar la faz de Italia.

El mismo día se expidieron correos a todas las cortes de Europa.

César Borgia se enteró de la elección de su padre en la universidad de Pisa, donde estudiaba: varias veces su ambición le había hecho soñar con tal fortuna, y, sin embargo, su alegría fué casi insensata. Tendría entonces unos veintidós o veinticuatro años, y estaba adiestrado en todos los ejercicios corporales y sobre todo en las armas; montaba en pelo los más fogosos caballos, y de un solo tajo con su espada cortaba a cercén la cabeza de un toro; era, además, arrogante, envidioso, disimulado y, según afirma Tomasi, grande entre los impíos, como su hermano Juan era bueno entre los grandes. En cuanto a su rostro, hasta entre los autores contemporáneos ha habido divergencias; porque los unos lo pintan como un monstruo de fealdad, en tanto que otros, por el contrario, han ponderado su belleza: esta contradicción se debe a que, en ciertas épocas del año, principalmente en la primavera, su cara se cubría de postillas, que, mientras duraban, hacían que su aspecto fuese repugnante, mientras que, en el resto del año, era el sombrío caballero de negros cabellos, tez pálida y barba de color leonado, que nos ha legado Rafael en el hermoso retrato que de él hizo. Por lo demás, tanto los historiadores, como los cronistas y pintores, convienen en su mirada fija y poderosa, en cuyo fondo brillaba una llama incesante, que le daba algo de infernal y sobrehumano. Tal era el hombre cuyas esperanzas acababa de ver colmadas por la suerte, y que había tomado como divisa: *Aut Cæsar, aut nihil* (o César, o nada).

César emprendió el viaje acompañado de algunos de sus familiares, y apenas fué reconocido en las puertas de Roma, los respetos que le rindieron atestiguaron inmediatamente su cambio de fortuna: en el Vaticano repitiéronse esas manifestaciones, los grandes se inclinaron ante él, como ante alguien que fuera más grande que ellos. De modo que, llevado de su impaciencia, sin visitar a su madre ni a ninguna otra persona de su familia, subió directamente a la cámara del papa con objeto de besarle los pies; y como éste había recibido noticia de su llegada, le esperaba en medio de una brillante y numerosa asamblea de cardenales, rodeado él por los tres hermanos de César. Su Santidad lo recibió con rostro afable, pero sin dejarse llevar hasta las demostraciones de su amor paternal; se inclinó hacia él besándolo en la frente, y le preguntó cómo se encontraba de salud y cómo le había ido en su viaje. César contestó que en cuanto a salud estaba bien y completamente al servicio de Su Santidad; y que en lo referente al viaje, todas las molestias y fatigas estaban compensadas por el gozo que sentía al poder adorar sobre su santa sede pontificia a quien era tan digno de ella. A esas palabras, dejando a César de rodillas, como estaba, y volviéndose él a sentar, pues se había levantado para besarle, el Papa dió a su rostro un aire grave y reposado, y en voz alta para que todos lo oyesen, y lo suficientemente despacio para que sus palabras pudieran ser pesadas y retenidas en la imaginación de sus oyentes, dijo:

—Nos estamos bien persuadidos, César, de que estáis singularmente gozoso al vernos en este elevado puesto, tan alto por encima de nuestros méritos, y al que plugo a la bondad divina hacernos subir. Eramos acreedor a este gozo, primero, en cambio del amor que siempre os hemos tenido y todavía os tenemos; y además, nos lo debíais por vuestro propio interés, puesto que podéis prometeros recibir en adelante de nuestra mano pontifical todos aquellos beneficios a que seáis digno por vuestras buenas obras; pero, si vuestro gozo, y os repetimos lo que hemos dicho a vuestro hermano, se funda en otras bases, os habéis equivocado mucho, César, y os encontraréis tristemente engañado. Nos, quizás hemos aspirado, y con humildad lo confesamos ante todos, con demasiada pasión a la soberanía del pontificado, y para llegar a él